

Yvette Sánchez*

⇒ La literatura de fútbol, ¿metida en camisa de once varas?

Los Mundiales suelen brindar la coyuntura perfecta para la eclosión de reflexiones y ficciones futboleras. Con ocasión del campeonato de Alemania de 2006, las librerías nos ofrecieron un surtido sustancial de publicaciones, en las que los literatos del mundo se entregaban a elaborar narrativa breve y ensayos sobre el tema. La gran cantidad nos lleva a la pregunta inexorable de si, en términos de calidad y atractivo, la literatura está a la altura del fútbol, de si puede hacerle frente. ¿O es que al intentar congraciarse con él, se acaba vistiendo con plumas ajenas? ¿Le quedan grandes las once camisas (que no varas), en las que intenta meterse? ¿Preferimos ir al estadio, para sentir la emotividad directa del deporte rey, que suele transformar cualquier jugada (de los propios) en “fotograma interno, que mueve los fluidos y la emoción” (Guarello/Urrutia O’Neill 2006: 12), sin pasar por el filtro de la verbalización? Y no hablemos de los límites del sistema de referencias verbal que debe describir complejas acciones motoras. Ahora si el fútbol se convierte en relato, tal vez es mejor que sea oral, en combinación con la sensualidad colectiva, la emotividad y la distracción de sonidos y ruidos desenfadados... Con el desahogo que supone la oralidad de los locutores, las gestas deportivas fluyen sin pausa ni aliento, en forma poética, casi onomatopéyica, mientras que en el fútbol escrito la expresión nos parece como si se enfriara.

Dejemos que el perspicaz literato y ensayista de fútbol Juan Villoro conteste a la pregunta evocando las calidades literarias inherentes a este deporte (Villoro 2006b: 21):

Cada cierto tiempo, algún crítico se pregunta por qué no hay grandes novelas de fútbol en un planeta que contiene el aliento para ver un Mundial. La respuesta me parece bastante simple. El sistema de referencias del fútbol está tan codificado e involucra de manera tan eficaz a las emociones que contiene en sí mismo su propia épica, su propia tragedia y su propia comedia. No necesita tramas paralelas y deja poco espacio a la inventiva del narrador.

Los escritores con sus (re)inventos se ven condenados a competir con historias vistas, oídas y sentidas¹ ya en el estadio, cuando, para legitimarse y sellar el pacto con los

* *Yvette Sánchez (1957 Maracaibo/Venezuela). Estudios, Doctorado (1987) y Tesis de Habilitación (Coleccionismo y literatura, 1999) en la Universidad de Basilea. Desde octubre de 2004, catedrática de Lengua y Literatura Hispánicas y, desde abril de 2007, directora del Centro Latinoamericano-Suizo de la Universidad de San Gallen. Hinchas de fútbol desde hace 35 años.*

¹ Sin embargo, puede resultar difícil descifrarle la expresión de la cara a un jugador, por ejemplo, antes de tirar un penal, ya que él mismo apenas se verbaliza (y sólo en frases hechas, manidas, delante del micrófono). “Nada se leía en su mirada. [...] se me ocurre que los jugadores de fútbol no piensan, al menos no con palabras o imágenes”, sino con movimientos (Mayer 2003: 139).

lectores, le haría falta a la literatura de fútbol ese efecto sorpresa tan importante. Se trata de adquirir los derechos, de encontrar un hueco no llenado por el propio deporte, de idear una trama original luchando con armas propias, una perspectiva independiente que cambie la del espectador de fútbol mezclando la narración omnisciente con la reducida y, sobre todo, de hallar un tratamiento del tiempo y también del espacio no cubierto en el juego en vivo.

Hasta ahora tienen mayor razón de ser los géneros de la crónica o el reportaje futbolísticos, ya que se mueven más cerca de la realidad empírica y dominan precisamente el arte de reconstruir verbal y miméticamente lo sucedido en un partido. Para los periodistas es optativo añadir una dimensión más a la realidad empírica. De hecho, los maestros del oficio, especialmente los oradores de los medios audiovisuales, suelen aportar su facultad imaginativa al relato para poner de su parte.² Los géneros literarios con más éxito en la literatura de fútbol hasta el momento han sido los híbridos entre lo documental y lo ficcional, entre el hecho y la invención, entre el ensayo analítico y el cuento, es decir que generalmente el inventario se compone de piezas breves, entre las que sobresalen artículos de prensa, reportajes, crónicas y leyendas, columnas, prosa de reconstrucción autobiográfica, siempre incluyendo un nutrido anecdotario. La modalidad de la anécdota, que de por sí es híbrida, cabe tanto en la narrativa, como en el ensayo.

Aquí no se debe olvidar que el propio juego deportivo es ficcional; existe por ende toda una serie de afinidades escenificadoras, ilusionistas, teatrales, histriónicas, simuladoras en ambos terrenos. Todos, el ritual, el juego, el teatro, la *performance*, comparten cualidades metafóricas y metonímicas, semióticas en general, de relatos codificados y decodificables, centrados en la corporeidad y los parámetros del movimiento. El juego compensa la desritualización de nuestra vida, y el escenario de la cancha ofrece espacio para la sublimación; como sustituto de situaciones límites, es un terreno abonado para las prácticas cíclicas de conflictos existenciales y miedos por reducir o disolver. Ya en el juego de pelota precolombino, el pensamiento mágico de la analogía hizo que se escenificara un ritual de fecundidad: la pelota simbolizando el sol que virtualmente fertiliza la tierra.

La literatura balompédica con su doble ficcionalización e ilusión de primer y segundo grados puede conducir a una sobredosis narrativa.³ Dicho sea de paso, los géneros ficticios audiovisuales, teatral y cinematográfico, deben enfrentarse con un destino parecido.⁴

Todo un siglo de su historia no ha alcanzado, ni siquiera en el mundo hispánico, para que el acercamiento de los literatos al fútbol diera como resultado una obra maestra, una novela vital, lúdica, ingeniosa y, a la vez, compleja, cautivadora o incluso experimental.⁵ Sin embargo, no cabe perder la fe. Algún día podremos posar la vista en esa obra maestra aún por llegar.

² El protagonista del cuento “Milagro en Parque Chas” de Inés Fernández Moreno (2003: 65-73) manipula y falsifica los sucesos en la cancha transmitidos a través de sus audifonos del *walkman* y, con teatralidad carnavalesca, transforma la derrota en la ilusión del triunfo del equipo propio. El público reunido en un parque recibe con ilusión la fantasía del orador.

³ O como lo formula Jorge Valdano: “Había algo de redundancia en la literatura futbolística” (1998: 12).

⁴ Curiosamente los largometrajes suelen cubrir la misma duración de 90 minutos.

⁵ La novela de Nick Hornby *Fiebre en las gradas* (1992), historia de un hinchita británico empedernido, no llega a cumplir con estos criterios, ni mucho menos la de Peter Handke *El miedo del portero ante el penalti* (1992), porque en ella el fútbol desempeña un papel secundario, metafórico.

En realidad, se puede decir que de una manera latente ya está ahí. Juan Villoro la evoca a través de la invisibilidad de todas esas novelas de fútbol que se habrán quedado en el tintero u ocultas, y las compara con los propios jugadores que no han logrado salir a flote. Con el jugador “de sombra, de los que se quedaron en el camino [...]”, Villoro (2006b: 223) concibe –por utilizar el concepto de Enrique Vila-Matas, que partía del personaje del escribano esquivo de Melville– una especie de *bartleby* futbolístico. Y equipara a los jugadores fracasados con los espacios en blanco, elípticos, fantasmales, virtuales del texto. “Ellos, los nunca vistos, fueron tan necesarios como las líneas blancas que separan las letras en los libros” (Villoro 2006b: 223).

No son pocas las analogías entre fútbol y literatura y su dramaturgia y retórica internas, en la construcción narratológica, sobre todo los mecanismos de suspense y de temporalidad, es decir, en los efectos y la variabilidad de ritmo entre la narración y lo narrado. El mismo factor tiempo ayuda a crear suspense en ocasiones cruciales de la historia, al poner en vilo a los hinchas en momentos de impaciencia ansiosa, curiosidad y desconcierto tenso, como por ejemplo, los dramáticos segundos anteriores al penalti. En un partido, dicha expectación se crea de manera natural, mientras que, en la prosa ficticia, el juego de incertidumbres se construye artificialmente mediante un conflicto entre el orden lógico de las unidades narrativas de la obra y la sucesión cronológica de los acontecimientos. El apremio o la carencia de tiempo en carreras contra reloj (del equipo que está perdiendo el partido) constituyen una de esas situaciones tópicas del propio fútbol, cuyos efectos de suspense suelen ser intensos. O bien el literato crea un pulso temporal distinto del acostumbrado, de acción muy retardada o acelerada, brechas temporales o elipsis, o invierte el orden cronológico e intenta asegurarse así la carga afectiva conectada siempre con el deporte. Los efectos y cambios rítmicos utilizados en las manipulaciones del tiempo narrado y de la narración otorgan un nuevo valor a los acontecimientos en el césped y el estadio. La percepción subjetiva del tiempo y sus presiones, hoy seguramente modificada por la digitalización y mediatización del fútbol y la creciente velocidad del juego, se suele concentrar en los momentos dramáticos del minuto final de un partido o de las fracciones de segundos de un penalti dilatadas hasta el máximo. Las digresiones biográficas del jugador protagonista del cuento “Tanta pasión para nada” de Julio Llamazares (1995: 217-228), cuando debe tirar su penalti decisivo, le muestran en un momento de suma tensión y soledad; y un minuto de acción se extiende a lo largo de doce páginas, condensando a la vez la entera vida del protagonista. El título de por sí indica el énfasis temporal en otro cuento español: “El tiempo indeciso” de Javier Marías (1995: 231-244) describe, a lo largo de dos artísticas páginas, la suspensión del tiempo que se da cuando un delantero, solo ante la portería contraria, en lugar de meter el gol inmediatamente, retiene caprichosamente la pelota interrumpiendo así el flujo natural del suceso. Los reporteros y los espectadores, por lo tanto, deben contener su grito en una especie de aposiopesis colectiva a lo largo de estas dos páginas.

Como tercer ejemplo (ya clásico) de esta serie de cuentos de fútbol centrados en el tratamiento del tiempo quisiéramos citar el de Osvaldo Soriano “El penal más largo del mundo”. Relata la historia de la suspensión de un penalti, retrasado durante una semana entera, en la que se suceden una pelea, ataques epilépticos del árbitro⁶ y la expulsión de

⁶ En el cuento “Fantasía española” del argentino Marcelo Cohen (2003: 25-27), el penalti fracasado se debe a que el jugador se siente paralizado, y a su consiguiente desmayo.

los espectadores del estadio. Éstos permanecerán excluidos cuando se juegue finalmente aquel penalti. Quizás, en esta ficción, Soriano haya querido reflejar un caso de precedencia real, aquel partido fantasmal de calificación para el anterior Mundial de Alemania de 1973, cuando la Unión Soviética se oponía a jugar en el estadio profanado como campo de concentración por la dictadura militar. De modo que el solitario equipo chileno, en un campo sin adversarios ni público, decidió correr del centro a la portería, para marcar un gol y, de este modo algo indigno, quedar clasificado.

También Juan Bonilla (1998: 105-119), en su cuento “A veces es peligroso marcar un número de teléfono”, cultiva la analepsis, declaradamente ficticia, de su yo narrador adulto hacia un penalti fallado en la infancia. El motivo de la venta del alma al diablo a cambio de obtener, volviendo muchos años atrás, una segunda oportunidad de apuntar el gol, tendrá por resultado el fracaso renovado. Después de la ida al pasado, la vuelta al presente rescatado de la narración se da en el vestuario, en una fracción de tiempo.

El salto temporal hacia atrás figura como motor importante de la escritura futbolística: la retrospección sentimental, la nostalgia, el recuerdo que, a través de ciertas fórmulas retóricas, devuelve al adulto escritor a los momentos idealizados⁷ de la infancia o adolescencia pasados en una cancha o un estadio.⁸ De ahí el frecuente protagonismo infantil de los cuentos y ensayos de fútbol con todos los rituales de iniciación habidos y por haber.

Un impulso dignificador ayuda a los escritores a declarar, primero de una manera tímida, luego cada vez más abiertamente, su pasión por el deporte antaño estigmatizado⁹ y a superar los correspondientes prejuicios intelectualistas. El público ha venido ampliándose últimamente, no sólo entre literatos.

A partir de los años noventa, surgió una literatura de confesión, en la que los autores nos daban cuenta con todo lujo de detalles de su relación personal con el deporte rey. “Si Vd. está dispuesto a declarar que...”, es la frase inicial del libro *Elogio del deporte*, con la que el aficionado Hans Ulrich Gumbrecht (2005) se dirige a sus lectores, entre los que busca aliados con quienes compartir su amor por los juegos de pelota, repentinamente llenos de prestigio. Incluso los más famosos escritores de rango universal lo glorifican sin miramientos: Gabriel García Márquez habla de la religión dominical y de la “Santa Hermandad” de los hinchas, Mario Benedetti, del nimbo y la “singular fuerza luminosa”

⁷ La idealización se dirige también a las destrezas embellecidas de futbolistas brillantes de otras épocas, como se puede comprobar en la descripción del ‘mariscal de campo’, según el narrador, mejor estilista y medio centro de su tiempo: con “una taumátúrgica parsimonia” y “soberana lucidez” vislumbraba el juego; se movía con “elegancia y armonía”, con “un toque de distinción” y “solvencia hacia el espacio de la inverosimilitud”; “su pase largo, comprometido y cerebral era de una fuerza fina” (Armas Marce-lo 1998: 70-71).

⁸ Baste con citar una de tantas fórmulas introductorias que nos devuelven a la infancia de un escritor: “En mi ya remota adolescencia...” (Vázquez-Rial 2005: 4).

⁹ El yo narrador del cuento mexicano “El gran toque” de Luis Miguel Aguilar vuelve a sus años de juventud (tiene 12 años en el momento de arrancar el relato), cuando todavía se excluían las prácticas paralelas de las letras y el balompié: “En secreto, yo estaba a punto de dejar el fútbol porque había adquirido ya la superstición de que el demonio del fútbol y el demonio de la literatura, como dijo Max Weber del demonio de la política y el del amor, estaban brutalmente reñidos” (1998: 47). Igualmente se excluyen el fútbol y los estudios del nieto, como nos asegura la abuela y yo narradora en su monólogo grabado del cuento “El mejor” de Josefina Aldecoa (1998: 57-66).

que envuelven al portero, y Ernesto Sábato, de la pasión que siente por aquel “asunto complejo”, el fútbol (Pérez 2006: 28, 29, 94, 172).¹⁰

¿A qué se debe esta dimensión trascendental, sacralizadora? Los jugadores con carisma, con la aureola mesiánica del héroe o del trágico anti-héroe derrotado o mártir, despiertan la euforia y atraen a los espectadores voluptuosamente extasiados.¹¹

Las historias de fanáticos pertenecen indudablemente a los tópicos ya algo trillados de la literatura de fútbol. La imprevisibilidad o la contingencia de cada partido de fútbol –en todo momento están en un tris y pueden cambiar las tornas del juego– favorece los mecanismos de la providencia y del azar, con las correspondientes profecías, pero también un determinismo abrumador que requiere del espectador el ejercicio del fracaso con posibles efectos catárticos. En cuanto al carácter místico y veleidoso, la realidad puede permitirse el lujo de parecer poco creíble, mientras que la literatura suele someterse a las reglas de la verosimilitud.

Ante tanta glorificación y aunque la mayoría de los literatos se declaren a favor del fútbol, no cabe olvidar que también los hay que no dejan de manifestar sus reservas o declararse abiertamente en contra, entre ellos Borges o Cabrera Infante. O ignoran el deporte o realzan los tópicos de su instrumentalización ideológico-política y mercantilización, es decir: resultados manipulados, sobornos de jugadores y árbitros, triunfos comprados. Borges, en colaboración con su amigo Bioy Casares, éste sí aficionado (incluso activo como delantero centro), escribió el cuento “Esse est percipi”, sobre la corrupción anidada entre el ser y el parecer. La crítica se dirige también contra los trepas que, como Pichulita Cuéllar, el protagonista del cuento clásico de Vargas Llosa “Los cachorros”, abusan del fútbol para sus artimañas de poder.

La interrupción de la carrera de los propios jugadores es asunto a menudo tratado en la literatura de fútbol. Y el machismo o el tabú de la homosexualidad en la cancha y en las gradas son el blanco de los ataques jocosos del escritor español Eduardo Mendicutti quien, en sus columnas semi-ficcionales, escribe contra la homofobia masiva y también contra el excesivo patriotismo (que puede degenerar en abierta violencia) o contra la pose de *lifestyle* engendrada por los medios de comunicación masiva (Mendicutti 2003).

El contraste con que compensar la imagen de lujo y mercantilización presentes en los estadios de hoy, lo suelen buscar los literatos en la infancia ya remota deleitándose casi con recuerdos de una infraestructura más que modesta e insuficiencias materiales. Se escuchaba la radio con fervor, se jugaba en una cancha demasiado seca o demasiado lodosa y con una pelota de trapo que no de cuero, o incluso con sapos, cuya elasticidad entraba en juego, por lo menos hasta que a los diez minutos, había que sustituirlos; los

¹⁰ Además de los tres literatos citados, podríamos mencionar, tan sólo del ámbito hispanoamericano, a Mario Vargas Llosa, Jorge Amado, Eduardo Galeano, Augusto Roa Bastos, o los arriba nombrados Osvaldo Soriano y Juan Villoro.

¹¹ En el antes citado cuento “Fantasía española” de Marcelo Cohen, la imagen de la derrota de la estrella del equipo se describe con sus pormenores apocalípticos, de trances líquidos, con lluvia y llanto abundantes, incluso con el contraste de fondo del éxtasis de los vencedores: “[...] sentado en un rincón del campo, solo, abrazándose las rodillas, la cabeza gacha... [...] el pelo le brilla de sudor y de... ¿llovía, verdad? Una desolación inefable. Y al fondo los rivales arrojando besos a la alambrada, desnudos como monos, sí, y a lo lejos una chiquilla, supongo que de nuestra hinchada, con la cara arrugada de llanto” (2003: 23).

cabezazos poco apetitosos, en este caso, se reducían al mínimo. Dicha reminiscencia de brutalidad infantil atormentadora de animales se halla en el cuento “Tía Lila” de Daniel Moyano (1998: 239-245). El contraste de imágenes chocantes combinadas con un lenguaje infantil ingenuo e inocente, entre el idilio y la violencia, se puede trazar igualmente en el fútbol adulto. Y el mismo esquema lo hallamos en “Dieguito” de Juan Pablo Feinmann (1997: 59-64), donde el pequeño “Diego”, hincha de Maradona, protagoniza un acto macabro “armando” obsesiva y sangrientamente a su ídolo “Maradona”, tras un grave accidente de coche, cosiéndole a la pobre víctima también la manita ‘de Dios’.

Maradona no es el actor principal ni de dicha ficción grotesca ni de la de Sergio Olguín, *El equipo de los sueños* ni tampoco del cuento “Tránsito” de Guillermo Saccomanno, sino que tan sólo desempeña la función de ídolo fantasmal de hinchas adolescentes. Tránsito ni en sueños llega a verlo, sólo en afiches.¹² Es interesante que en la dimensión ficcional, las referencias al gran futbolista argentino lo sean de manera indirecta, que sirva de mera pantalla de proyección para las fantasías de los jóvenes, connotadas negativamente por lo general: víctima de accidente, un antiguo regalo suyo robado, un afiche suyo destruido.

Da la impresión de que el fenómeno Maradona sea autosuficiente, puesto que su biografía ya ofrece un exceso de espectáculo y culto de estilizado mártir, sobre el que resulta superfluo inventar más historias. Le obstruye la entrada en la dimensión ficcional cierto toque artificioso e híbrido de por sí, entre sus tropiezos personales y los mecanismos mitificadores, de idolatría hagiográfica.¹³ Sin embargo, como tema de ensayo, para los literatos (Galeano, Soriano, Benedetti, Vargas Llosa y Villoro, entre otros) parece no haber manera de pasar por alto los estímulos maradonianos.

Otros heroicos sacrificios (mortales) de jugadores sí que llegan a ficcionalizarse, por ejemplo, en el primer cuento de fútbol de la literatura hispánica (1918): Horacio Quiroga hace desvanecerse el éxito del protagonista ‘Juan Poltí, half-back’, quien se convertirá en suicida mártir, pegándose un tiro delirante y patético en medio de la cancha de su club (Quiroga 1993: 1066-1067). Y no faltan otras trágicas víctimas: ‘el guardameta’ de Miguel Hernández o ‘el crack’ de Roa Bastos, que paga con su vida un choque contra el poste de la portería. Al crear a su genial, poético e inteligente futbolista, de baja estatura, patituerto y enfermizo, Roa Bastos se habrá inspirado en el gran Garrincha, idealizado y estilizado por su velocidad y la exactitud matemática con la que mide y memoriza sus movimientos.

Este jugador excepcional adquiere además una dimensión metafísica a través de su simbiosis con la pelota, personificada en un huevo puesto o planta plantada en la portería, o en bebé echado en la cuna del punto blanco de penalti. El esférico también ha sido objeto de culto antropomorfizado para Eduardo Galeano y Jorge Amado, quienes lo hacen reírse en el aire, orgulloso, descansar en el empuje del pie como en una hamaca, arrullado por el jugador,¹⁴ quien, al instante, lo corteja y lo hace bailar. Juegos eróticos

¹² Reprocha a Maradona que no lo protege contra una pesadilla recurrente de una víbora que le pica en el pie, de modo que nunca podrá chutar como Diego. Se venga del jugador estrella a través de una imagen suya, al destruir un afiche cortándolo y estrujándolo (Saccomanno 2003: 185-190).

¹³ Por un lado, su tremendo éxito y la terrible caída, su narcisismo, exhibicionismo, ostentación de nuevo rico, ingenuidad infantil, rebelión enfática y, por el otro, su agilidad, ingeniosidad y fuerza admirables.

¹⁴ La mansedumbre de la pelota se resalta en el cuento “Como un mariscal de campo” de Juan José Armas Marcelo (1998: 71).

que desembocan en el tópico orgasmo del gol (Galeano 1995: 5-6, 9). La pelota de Jorge Amado, a su vez, se enamora de un portero malo apodado “cedazo”, de modo que éste se convertirá en genio de la noche a la mañana, ya que la pelota ciega de amor no deja pasar ninguna oportunidad de echársele en los brazos (Pérez 2006: 150-154).

Prácticas rituales privadas y colectivas, el culto mágico al fútbol de jugadores e hinchas de todas las edades se refleja, cómo no, en los textos literarios estudiados, desde los diálogos desesperados de niños con Dios¹⁵ hasta las innumerables técnicas de júbilo o también el “mantra” poco apetitoso de los escupitajos de los jugadores en acción (analizados por Juan Villoro 2002). El escritor brasileño João Ubaldo Ribeiro (2006: 18-19) recuerda los rituales hogareños con su padre ante la radio, para influir directamente en el resultado de un partido del equipo nacional: tratan de imitar cualquier acto casual nimio realizado en victorias anteriores, expulsando el agua del bombillo, poniéndose la misma ropa o bebiendo el mismo *whisky* del mismo vaso.

Una variante ficticia de estas creencias de los hinchas en sus propias dotes mágicas, con las que influir en el desenlace del juego, aparece en el cuento “19 de diciembre de 1971” de Roberto Fontanarrosa (2006: 81-101). El monólogo de un fanático, emitido en un lenguaje oral mimético, nos revela abiertamente toda una serie de actos “supersticiosos” (por utilizar el concepto común, pero de dudosas connotaciones discriminadoras), en sus propias palabras, “de brujería” o “cábalas personales”, para apoyar a su club: además del reloj de pulsera puesto en la mano derecha que puede cambiar el curso de un partido (“con eso empatamos”), nunca falla cierto gorrito (“milagroso”); se entierra “un sapo detrás del arco”, se tira “sal en la puerta de los jugadores” del equipo contrario y ¿por qué no confesarse en la iglesia o “clavar con alfileres” muñecos con camisetas de fútbol? Pero el cuento se centra en un hombre entero y vivo que funciona como talismán eficiente, simplemente porque en su presencia siempre gana el propio equipo. A pesar de que le tienen terminantemente prohibido a este hincha anciano ir a un partido de fútbol por el peligro de un ataque cardíaco, sus compañeros corren el riesgo y lo llevan al estadio, con lo que ganan los propios, pero a cambio del sacrificio humano. En medio de la dicha y del júbilo inefables (“que no se pueden describir en palabras”) de la victoria, muere el hincha. Al final del cuento es cuando se hace patente todo el escepticismo de la lengua, sus limitaciones expresivas, al querer y apenas poder transmitir verbalmente la fuerza emotiva de las gradas. A lo largo de una página entera, hallamos esta técnica de repetir hasta la extenuación las construcciones sintácticas y el léxico de las frases. La redundancia, debida sólo en parte a la oralidad, refleja la compresión impuesta por la insuficiencia de las palabras en su función de válvula para fuertes emociones de alborozo. No hay palabra que no salga al menos dos veces, y el uso prohibitivo del pronombre demostrativo y también del signo exclamativo subraya, no sin cierta gracia, las trabas verbales.

¡La cara de felicidad de ese viejo, hermano, la locura de alegría en la cara de ese viejo!
¡Que alguien me diga si lo vio llorar abrazado a todos como lo vi llorar yo a ese viejo, que te

¹⁵ “Demostración de la existencia de Dios” de Almudena Grandes (2005: 11-37) reflexiona sobre los vínculos entre el destino trágico de un niño muerto por leucemia y el derby entre el Atleti y el Real, poniendo en duda, según la teodicea, que Dios exista. O un niño traumatizado por un padre violento y alcohólico huye de los golpes entregándose a fantasías de éxitos futboleros, en el cuento “Evasión” de la escritora costarricense Julieta Pinto (1982: 60-63).

puedo asegurar que ese día fue para ese viejo el día más feliz de su vida, pero lejos lejos el día más feliz de su vida, porque te juro que la alegría que tenía ese viejo era algo impresionante! [...] ¡Que más quería que morir así ese hombre! [...] ¡Así se tenía que morir, que hasta lo envidio, hermano, te juro, lo envidio! ¡Porque si uno pudiera elegir la manera de morir, yo elijo ésa, hermano! Yo elijo ésa (Fontanarrosa 2006: 100-101).

El carácter arcaico y sagrado que envuelve al fútbol y sus fanáticos seguidores llevó a José Luis Sampedro (2006: 161-170) a pergeñar la ficción del extraterrestre al que se le ocurre investigar la religiosidad en el planeta Tierra, en concreto el catolicismo español. Inmediatamente, con sus “sensores psicosociales” bien puestos, da con el culto nacional, el “día sagrado” de domingo, en el templo principal de la capital y constata una “creciente ionización psicológica del ambiente”. El cuento de Sampedro utiliza la técnica, de gran tradición literaria,¹⁶ de describir, en un exacto discurso etnográfico, cierto fenómeno de una sociedad a través de la mirada ingenua de un visitante de fuera. Éste cambia y confunde los códigos de referencias, de modo que, en nuestro caso, las masas se entregan a un “culto nacional” profundamente transformado: “conté hasta once oficiantes” que llevaban “túnicas o camisetas” blancas; estos “once sacerdotes” interrumpían el rito, con “un intervalo, sin duda prescrito para la meditación”. La cancha se convierte en “recángulo cósmico”, la esfera, como *mise en abyme*, en “bola sagrada” del mundo, y el árbitro en “maestro de ceremonia”.

Demos por terminada esta incursión en el tópico del culto religioso al deporte¹⁷ y otros principales temas, como la presión temporal, la situación del penalti, las historias de hinchas, la nostalgia de los protagonistas niños o adolescentes, para centrarnos ahora en dos aspectos narratológicos, el punto de vista y el cronotopo.

Raras veces los narradores de la literatura de fútbol son omniscientes. Domina el territorio la perspectiva del yo, con focalización interna; si prevalece un colectivo, como en las historias de hinchas, puede darse ocasionalmente la primera persona del plural (Grandes 2005: 143-151). Casi sería impropia la omnisciencia cuando el desenlace de cualquier partido resulta notoriamente veleidoso.

Mientras suele darse un énfasis cronopoético, la construcción del espacio se queda algo corta. El potencial de la territorialización, tan eminente en el deporte, se ha aprovechado sorprendentemente poco. La escasez de diseño literario del espacio en ficciones futboleras, de ‘profundidad’ del espacio simbólico, se podría compensar, por ejemplo, con un mayor énfasis en la estructura reticular de la reciente evolución del juego. Según la tesis de Klaus Theweleit (Theweleit 2004) de la digitalización del fútbol, la percepción espaciotemporal en el campo, el cuerpo, el sistema nervioso y el cerebro han cambiado por influencia de los juegos virtuales, simulados en la consola, con los que han crecido

¹⁶ Sin duda, no podemos por menos que evocar el género epistolar del siglo XVIII (que ha sobrevivido hasta bien entrado el siglo XX), difundido en toda Europa, en el que habla un viajero venido de lejanos países sobre las costumbres de las naciones europeas, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y España, y puede permitirse el lujo de criticar dichas naciones: Francia, en las ‘cartas persas’ (Montesquieu), España, en las ‘cartas marruecas’ (Cadalso), Inglaterra, en las ‘cartas chinas’ (Goldsmith) y muchas más.

¹⁷ La religiosidad popular con todas sus creencias, ceremonias codificadas y rituales iniciáticos ha sido objeto de tantos estudios antropológicos y sociológicos. He aquí un repaso de las principales tesis, por ejemplo, la de Durkheim y sus ‘formas elementales de la religiosidad’ (Carretero Pasín 2005).

también los futbolistas de hoy. Las combinaciones reticuladas han acelerado los partidos: el trabajo mental, los relevos de la pelota, el transcurso, los pases precisos son conocidos y almacenados en el cerebro mediante la representación digital en la pantalla de casa. Del estudio de Theweleit, *Das Tor zur Welt* ('La portería al mundo'), al de Baudrillard (2000) sobre la 'pantalla total' y su teoría de la simulación no hay más que un paso.

Aquellos códigos de orientación, confección y síntesis espaciales –Vázquez Montalbán (2005: 171) habló de la “inteligencia geopolítica”–, con los que los futbolistas ocupan el territorio y tienden sus redes sobre el césped podrían servir de fuente de inspiración para un texto literario, asimismo la espesura dinámica de disposiciones siempre cambiantes. Una novela (platónica, ideal) con tal concepción intensificada de tiempo y espacio, trazaría los contornos de las redes topológicas, las constelaciones, combinaciones, los pases y, con ellos, los pasos al infinito, las transgresiones mentales y espirituales dentro de los nítidos límites de las líneas blancas del campo de fútbol. Theweleit concibe más bien como positivas e inspiradoras las consecuencias de las imágenes sintéticas, cuando no faltan las acostumbradas voces críticas que hablan de la 'crisis de la representación' y la 'antiutopía televisiva' en contextos deportivos (Bale 1998). En todo caso, en esos parámetros espaciales hay brecha por donde puede colarse la literatura.

Para cerrar, volvamos al planteamiento inicial de una supuesta derrota de la literatura futbolística ante el natural dramatismo en las canchas de este mundo, cuya carga existencial y sensual parece ser difícil leer y transcribir literariamente. ¿Será una imposibilidad procesar un partido y sus alrededores en una novela? ¿Se queda en mero simulacro, pobre quimera o sombra de la realidad? De hecho, comprobamos cierto déficit en los escritores a la hora de tener que expresar condiciones espaciales nuevas, o el júbilo, presiones mentales, actos mágicos o la metafísica de hinchas insaciables. Y quizás habría que intentar buscar tramas que no nos lleven por rumbos conocidos, acomodarse en nichos no ocupados por vivencias colectivas reales (o planteados ya por los medios de comunicación) en torno al fútbol, no reducirlas a un puñado de temas y motivos.¹⁸ Alejandro Dolina (2003: 49-58), en una de sus *Crónicas del Ángel Gris*, “Apuntes del fútbol en Flores”, se declara convencido de que del material en bruto de “leyendas” contenido en el juego se podrían extraer tramas originales y aprovecharlas para las letras: “En un partido de fútbol caben infinidad de novelescos episodios” (2003: 51).

Además, en el nivel discursivo, nos topamos con algún que otro ejemplo en el que la retórica literaria logra añadir una dimensión, un fognazo al espectáculo real: así, con la plasticidad que otorga la prosopopeya al balón, la fantasía de la pelota que se enamora del portero “cedazo”, con la que se explica el enigma de la repentina mejora de las capacidades de un canchero mediocre. Tales atisbos señalan la posibilidad de la creación de una novela de fútbol importante.

Es muy delicado (y relativo) definir la tarea compleja de crear una novela esencial, como afirmó, hace poco, la joven escritora británica Sadie Smith (2007) en un largo ensayo publicado en *The Guardian Review of Books*. Ella, desde el lado de la producción, concibe la literatura imperfecta como la que, por el lado de la recepción,

¹⁸ Dentro de los registros menos manidos cabría quizás abordar el lastre de la enorme presión, las desmedidas expectativas del actual fútbol profesional, cuyas consecuencias abrumadoras abarcan traumatismos de todo tipo, desde el ligamento cruzado roto hasta la depresión.

no cambia nada, no enseña emociones, no rebobina algún circuito interior, cuyas tapas cerramos como las abrimos con la confianza metafísica en la universalidad de nuestra propia interfaz. En cambio, la gran literatura te fuerza a sucumbir a su visión. Pasas la mañana leyendo a Chéjov y, por la tarde, paseando por el barrio, el mundo se ha vuelto chejoviano; la camarera en el café ofrece un *non-sequitur*, un perro baila en las calles.¹⁹

Ya que la literatura de fútbol se inmiscuye en un sistema acabado, se supone que está destinada a fracasar con más facilidad (aunque lo haga de manera honrosa), por lo menos desde el punto de vista escéptico de los aficionados al deporte rey, quienes seguirán prefiriendo asistir en carne y hueso a un partido a leer una novela sobre el mismo asunto, porque, como dijo el antes citado Alejandro Dolina (2003: 58): “El fútbol es –yo también lo creo– el juego perfecto”.

Bibliografía

- Aguilar, Luis Miguel (1998): “El gran toque”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara, pp. 15-56.
- Aldecoa, Josefina (1998): “El mejor”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara, pp. 57-66.
- Armas Marcelo, Juan José (1998): “Como un mariscal de campo”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara, pp. 67-84.
- Azzellini, Dario/Thimmel, Stefan (eds.) (2006): *Futbolistas. Fußball und Lateinamerika. Hoffnungen, Helden, Politik und Kommerz*. Berlin: Assoziation A.
- Bale, John (1998): “La hinchada virtual. El futuro paisaje del fútbol”. En: *Educación Física y Deportes*, año 3, n° 10. Buenos Aires, mayo de 1998 <<http://www.efdeportes.com/efd10/jbalee.htm>> (15.01.2007).
- Baudrillard, Jean (2000): *Pantalla total*. Barcelona: Anagrama.
- Bonilla, Juan (1998): “A veces es peligroso marcar un número de teléfono”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara, pp. 105-119.
- Cáceres, Javier (2006): *Fútbol. Spaniens Leidenschaft*. Köln: Kiepenheuer & Witsch.
- Carretero Pasín, Enrique (2005): “La religiosidad futbolística desde el Imaginario social. Un enfoque antropológico”. En: *A Parte Rei. Revista de Filosofía* 41, septiembre de 2005 <<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/carretero41.pdf>> (15.01.2007).
- Cohen, Marcelo (2003): “Fantasía española”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 19-32.
- Dolina, Alejandro (2003): “Apuntes del fútbol en Flores”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 49-58.
- Feinmann, José Pablo (1997): “Dieguito”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara Argentina, pp. 59-64.
- Fernández Moreno, Inés (2003): “Milagro en Parque Chas”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 65-73.
- Fontanarrosa, Roberto (2003) (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara.
- (2006): “19 de diciembre de 1971”. En: Argüelles, Fulgencio et al.: *Once contra once. Cuentos de fútbol para los fanáticos de fútbol*. Barcelona: Fnac, pp. 81-101.

¹⁹ La traducción es mía.

- Fresán, Rodrigo (2006): “Argentinien wird Weltmeister”. En: *NZZ Folio*, mayo de 2006, pp. 44-45.
- Galeano, Eduardo (1995): *El fútbol a sol y sombra*. Madrid: Siglo XXI.
- García Candau, Julián (1996): *Épica y lírica del fútbol*. Madrid: Alianza.
- Grandes, Almudena (2005): “Demostración de la existencia de Dios”. En: *Estaciones de paso*. Barcelona: Tusquets, pp. 11-37.
- Guarello, Juan Cristóbal/Urrutia O’Neill, Luis (eds.) (2006): *Historias secretas del fútbol chileno*. Santiago de Chile: Ediciones B Chile.
- Gumbrecht, Ulrich (2005): *Lob des Sports*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Heker, Liliana (2003): “La música de los domingos” (1997). En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 111-119.
- Hietzge, Maud Corinna (1997): “Sport als Gegenstand der Semiotik”. En: *Zeitschrift für Semiotik*, tomo 19, pp. 341-348.
- Llamazares, Julio (1995): “Tanta pasión para nada (La paradoja de Djukic)”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 1*. Madrid: Alfaguara, pp. 217-228.
- Mariás, Javier (1995): “En el tiempo indeciso”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 1*. Madrid: Alfaguara, pp. 231-244.
- (2000): “La recuperación semanal de la infancia”. En: *Salvajes y sentimentales. Letras de fútbol*. Madrid: Aguilar, pp. 17-21.
- Mayer, Marcos (2003): “Ver o jugar”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 135-143.
- Mendicutti, Eduardo (2003): *La Susi en el vestuario blanco*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Moyano, Daniel (1998): “Tía Lila”. En: Valdano, Jorge (ed.): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara, pp. 239-245.
- Nacach, Pablo (2006): *Fútbol. La vida en domingo*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Pérez, Jorge Omar (2006): *Los Nobel del fútbol*. Barcelona: Meteora.
- Pinto, Julieta (1982): “Evasión”. En: *Abrir los ojos*. San José: Mesén Editores.
- Quiroga, Horacio (1993): “Juan Poltí, half-back”. En: *Todos los cuentos*. Madrid: ALLCA XX, pp. 1066-1067.
- Ribeiro, João Ubaldo (2006): “Brasilien wird Weltmeister”. En: *NZZ Folio*, mayo de 2006, pp. 18-19.
- Rodríguez, Maxi (1994): *Oé, oé, oé*. Madrid: La Avispa.
- Saccomanno, Guillermo (2003): “Tránsito”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara Argentina, pp. 185-190.
- Sampedro, José Luis (2006): “Aquel santo día en Madrid”. En: Argüelles, Fulgencio *et al.*: *Once contra once. Cuentos de fútbol para los fanáticos de fútbol*. Barcelona: Fnac, pp. 161-170.
- Schümer, Dirk (1998): *Gott ist rund. Die Kultur des Fußballs* (1996). Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Seel, Martin (1992): “Die Zelebration des Unvermögens - Zur Ästhetik des Sports”. En: *Merkur* 47, febrero de 1992, pp. 91-100.
- Smith, Sadie (2007): “Fail better”. En: *The Guardian Review of Books* del 13 de enero de 2007.
- Theweleit, Klaus (2004): *Das Tor zur Welt. Fußball als Realitätsmodell*. Köln: Kiepenheuer & Witsch.
- Valdano, Jorge (ed.) (1998): *Cuentos de fútbol 2*. Madrid: Alfaguara.
- Valenzuela, Luisa (2003): “El mundo es de los inocentes”. En: Fontanarrosa, Roberto (ed.): *Cuentos de fútbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 243-255.
- Vargas Llosa, Mario (1982): “Elogio de la crítica de fútbol”. En: *ABC*, 16 de junio de 1982.
- Vázquez Montalbán, Manuel (2005): “Figo: traidor inconfeso y mártir”. En: *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*. Barcelona: Debate.
- Vázquez-Rial, Horacio (2005): “Cultura y deporte: Mucho más que fútbol”. En: *ABC*, 19 de septiembre 2005, p. 4.

-
- Villoro, Juan (1995): “Conversación con Ángel Fernández”. En: *Los once de la tribu*. México, D. F.: Santillana, pp. 153-172.
- (2002): “El balón y la cabeza”. En: *Letras Libres*, mayo de 2002 <<http://www.lettraslibres.com/index.php?sec=3&art=7470>> (21.09.2006).
- (2006a): “Der Linksfüßer”. En: *Lettre International* 72, primavera, pp. 6-7.
- (2006b): *Dios es redondo*. México, D. F.: Planeta.
- Welsch, Wolfgang (2004): “Sport: Ästhetisch betrachtet – und sogar als Kunst?” En: *Kunstforum International*, 169, marzo-abril, pp. 65-81.